





Era una tarde de Otoño—la tarde de un domingo—y volvía de dar un paseo por las afueras de Madrid. Cuando pasé por la Puerta del Sol empezaban las gentes á asaltar jardineras, ómnibus y tranvías para ir á los toros. ¡Cuan pocos entre aquellos infelices, ansiosos de procurarse emociones fuertes, comprenderían el placer de irse á pasear á pie por la carretera del Pardo y tenderse un rato sobre la yerba, á la sombra de una encina, para ver, á través del encaje formado por las hojas, las algodonadas nubes sobre el fondo azul del firmamento, pasar majestuosamente desplegando sus fantásticas formas en la inmensidad de la atmósfera!

Horas deliciosas, pasadas, desvanecidas como las nubes en un rato de soñar, de solaz y de descanso. Tocábame ya volver á encerrarme entre las cuatro paredes del segundo de la derecha donde vivo, si es vivir del todo pasar diez y ocho ó veinte horas aprisionado entre aquellos muros.

Pero aun tenía tiempo para respirar un rato al aire libre. Me senté, pues, sobre un montón de piedras y tendí la vista por el espacio abierto que tenía delante.

Los solares sin edificar que permitían descubrir el horizonte por aquel lado no encantaban ciertamente la vista con grandes manchas de verdura. Ocultas por un grupo de casas las copas de los pinos de la Moncloa, sobre el rapado lomo de una colina que se alzaba á lo lejos solo asomaban tras la línea horizontal de una larga tapia unos cuantos árboles. Más que árboles parecían gigantes cosidos de cónicos, prolongados contornos, aquellos tristes cipreses de un cementerio cerrado ya hace años, es decir dos veces cementerio, porque era un *cementerio muerto* si se me permite la expresión.

No recuerdo su nombre ni importa consignarlo. Baste decir de él que era el jardín que armonizaba con aquel pedazo de tierra del que toda vegetación parecía haber huido para siempre.

Pero la vida no por eso dejaba de tener allí su expresión: misera y triste expresión á fe mía.

El solar que tenía delante hallábase destinado al corte de piedras para la edificación. Algunas, recién labradas, se extendían por el recinto cerrado por una valla de algo más de un metro de altura, con los mismos desperdicios de las grandes piedras formada y sin mas mezcla que la juntara y mantuviera en forma de muro, que las propias leyes de la gravedad dado el orden de su colocación. En el solar crecían á trechos unas herbezuelas menudas aplastadas acá y acullá por los pedruscos. En el centro una barraca inoble ofrecía albergue al guardián. Dos ó tres carretas descansaban con la lanza en el suelo de los últimos acarrees, y si de ellas parece demasiado metafórico decir que descansaban, aplíquese el verbo con más propiedad á los bueyes que las habían arrastrado y que aparecían tendidos entre rumiando y adormeciéndose.

Uno de aquellos cornúpetos animales, echado junto á la tapia no lejos del montón de piedra que me servía de asiento, se incorporó con pausado esfuerzo y asomando la enorme cabeza por encima de la valla se quedó mirándome fijamente con sus grandes ojos húmedos, dulzones, animados por una expresión de grave y honda tristeza.

Poco á poco fué sugestionándose el brillo de su mirada. Aquella pupila luminosa, penetrante intentaba decir algo. El ligero movimiento de su bezo baboso y resplandeciente parecía responder á un extraño lenguaje rítmico é imponente, lleno de cosas sombrías, hondas como los reflejos que tiemblan en el fondo oscuro de una cisterna.

¿No conoces—cree oírle decir—un pueblo de dulces costumbres en cuyas vegas exuberantes de verdura el toro no se cría para la lidia sino para el trabajo?

Dudé por un momento del testimonio de mis propios sentidos. Pero la cabezota estaba allí, la mandíbula inferior seguía moviéndose, los ojos tristes continuaban enviándome sus destellos. No era una ficción de la fantasía: todo aquello hablaba. Seguía escuchándole.

La poderosa cerviz de mis congéneres no despierta en aquellas regiones la imagen de un espectáculo en que muchos hombres se divierten admirando á unos que para satisfacer la sed de malsanos placeres que les espolea arriesgan su vida mediante un cierto precio, cubierto el pecho de lentejuelas como los clowns y de terciopelo como las mujeres y con la cintura ajustada y las piernas al aire como las bailarinas. No creas que hablo así por odio al torero. No le tengo ninguno. Además, si yo fuere hombre y asistiese á una corrida eso es lo que más me divertiría. Te he dicho que no odio al torero. Me parece inocente odiarlos, é injusto volverse contra ellos. Tan injusto como odiar al verdugo encargado de la ejecución capital, y apedrearlo. Lo malo no es el instrumento, sino lo que hay en vosotros que os lleva á formarlo y á utilizarlo para vergüenza vuestra. Lo que habría que odiar sería el cadalso y la plaza, por el daño que hacen, más que al reo y al toro, á la sociedad que de tal pena y de tal diversión sienten la necesidad para vivir. Muchas sociedades formamos los animales. En mi laboriosa vida las contemplé de hormigas entre los terrones, de abejas en los colmenares, de gallinas y palomas en las granjas, y aun oí hablar de las que nuestros parientes los búfalos forman allá por lejanos mundos. Y no se de ninguna clase de bestias, ni aun entre las fieras, que se hayan asociado para estatuir la muerte de sus semejantes como ley, ó la sangre de sus inferiores como diversión y entretenimiento. Vuestras plazas y vuestros cadalsos colocan vuestro nivel moral por debajo del de los brutos. ¿Donde pudisteis, hombres hallar entre nosotros modelos para instituir tal género de justicia y tal género de distracción?

¡Y con tales elementos de ultra salvajismo os tenéis por civilizados!

Aun entre vosotros mismos, de remotos tiempos, tenéis testimonios de mayor y más noble valor que ese cuya mercenaria exhibición os extasia, siquiera en aquellas lejanas épocas estuviese la humanidad bastante atrasada para que pudiera avergonzarse al reconocer su incapacidad para dominar al toro en la plenitud de sus energías, ó para dirigir estas sabiamente por medio de la selección á fin de ungirlo, docil y sumiso, al yugo de su servidumbre.

¡Selección! Selección al revés hacéis vosotros en vuestras actuales ganaderías de reses bravas, en vez de aquella otra selección que consistiese en dedicar al abastecimiento de los mercados de novillos señalados por su odiosa acometividad, mientras se conservase para la reproducción á aquellos que juntasen á las gallardías de la fuerza las dulzuras del carácter.

Porque esto te sorprenderá, ¡hombre!, pero esos toros *bravos* son toros que tienen como los valientes de oficio un valor *solo de cartel*. Pregúntaselo á cualquier ganadero. Cuando un toro manso entra en una ganadería todos los toros que nacen después son mansos. Porque ninguno de esos toros que por acometedores tenéis por valientes, puede disputarles el sitio; y vencidos y humillados han de dejar el puesto de honor al *manso*, al de verdadero y más alto poder, preferido por la naturaleza para difundir una vida más digna de perpetuarse, y que seguiría así su curso natural sino lo desviase el acicate de mayores negocios que en medio de la general miseria impulsa esa odiosa y artificial selección.

Selección verdad era la que hacía falta, selección que llevase á perpetuar lo *mejor* de la *especie* para el servicio del hombre, no lo peor para el desgaste de su sensibilidad y de su energía viril en la emoción infecunda esterilizadora. Selección por cuya virtud el hombre apareciese en toda la grandeza de su *poderio dominando* en todos los momentos al bruto por la fuerza de su superioridad para utilizarlo constantemente en vez de mantenerlo inútil y peligroso siempre, á fin de debilitarlo y destruirlo



un momento de cruel diversión. Diversión que presupone y fomenta á un tiempo ese estado de desquiciamiento moral que hay que denunciar de una vez; ese estado de valentía de garito, mala encubridora de una cobardía real bajo sus fanfarronerías.

Para denunciarla, aquí estoy yo,—continuó el animal.—La existencia del buey es una vergüenza para el hombre. Cuando se necesita aun proceder contra la naturaleza mutilando brutalmente un organismo para dominar á un animal se ha hecho la más completa confesión de cobardía, de impotencia real en las pretendidas facultades dominadoras del hombre. Ser en la plaza asesina de toros, con todos las arterias y todas las premeditaciones y todos los refinamientos que la crueldad sugiere, y ser en la calle y en el campo abierto, capadores de reses, es ser una raza pusilánime y cobarde, indigna heredera de una civilización en cuyos primeros momentos suelen presentar los artistas bajo grandiosos pórticos, leones y tigres, guardianes amansados de monarcas orientales, inclinando su melena ante soberanos á quienes no espantaron sus mugidos como no espanta al pastor tendido en el césped el ladrillo vigoroso de su soberbio mastín.

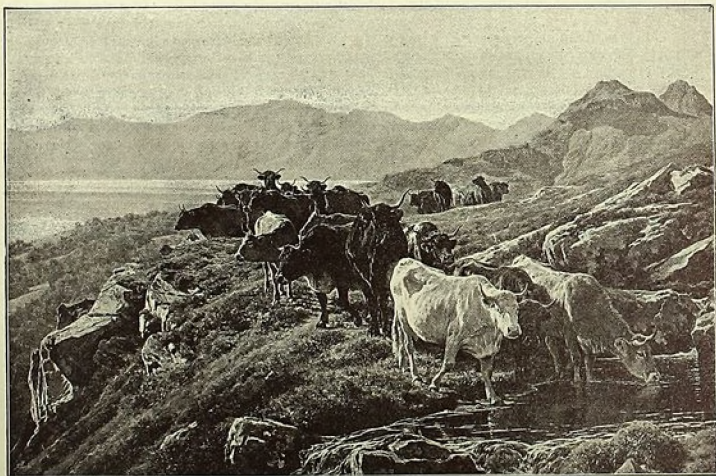
Si lo que una rutina falsa consagra fuese un ideal de valor que se desarrollase progresivamente en las costumbres, concluiríais por preparar perros fieras para que se destrozasen en un espectáculo embrutecedor, en un redondeo, y perros capados para que guardasen el sueño de una raza degenerada que en tal espectáculo hubiese gastado todo su fluido nervioso, todas sus fuerzas para el goce y para la vida.

Debéis, debéis hacer algo para que así no llegue á suceder. Para que por el contrario amanezca un día en que se acabe de una vez con el toro fiero y con el buey: esas dos vergüenzas de nuestra época. Entonces tal vez los espíritus viriles considerarán al toro como debe de considerarsele, como un auxiliar y un amigo del hombre.

Mientras tanto ¡hombres! no estáis á la altura de mi desprecio.

Y el buey sacudiéndose una mosca con el rabo siguió mirándome fijamente hasta que yo, avergonzado, me bajé del montón de piedras y me vine á casa pensando que si el animal no dijo todo aquello, no le faltó razón para pensarlo.

F. D. G.



LA VACADA, cuadro por Augusto Bonheur

hace soñar, se logra solo bebiendo, ingiriendo en las arterias el líquido que conforta y adormece! Tengo para mí,—siguió pensando el joven,—tengo para mí, que se puede llegar á una muerte aparente, en uno de esos ratos de languidez, de dulce anonadamiento; uno de esos instantes en que el espíritu, emancipado de la tiranía del cuerpo, parece sumergido en ese estado que Schopenhauer llama el nirvana sensitivo. Si; esa pérdida momentánea de la conciencia de ser, ese desprecio de todo lo externo, de todo lo que puede secuestrarnos la atención, hace vivir á nuestro espíritu en la vaguedad seductora de lo ideal; y este breve alejamiento de la vida diaria, en que lo vulgar y lo grotesco se confunden siempre, es un gran alivio para el alma.

De ésta suerte meditando, sordo á los acicates de la carne que empezaba á rebelarse, porque en la lejanía de sus ensueños, había visto azulear el joven unos ojos de mujer que le sonreía, apuró hasta doce copas de kummel, sin abandonar su postura, por temor de que un movimiento de su cuerpo, torciera el rumbo de sus ideas. Dulce calor invadió su cerebro con la última copa de licor, acelerando sus funciones intelectivas. Sus facultades sensoriales, se aguzaban, cediendo á los estímulos del alcohol; tanto que la música de un nocturno de Chopin, arrancada á un piano por un profesor adocenado, tuvo para el joven revelaciones nuevas, matices imprevistos, un lenguaje inarticulado que dejaba en su alma un reguero de notas...

Se durmió, y como la fatiga había distendido sus músculos, su cuerpo se abandonó á un sueño de plomo. Allí hubiera permanecido muchas



horas, si un mozo, asíéndole de un brazo, no le hubiera invitado á que se marchara, porque era llegada la hora de cerrar.

II

Ya en la calle, se dió á vagar sin tra-

zarse un itinerario, á capricho de sus pies, pegando á las paredes como un sonámbulo, y en tal grado de atontamiento, que no reparó en que, los escasos transeúntes que halló de paso, le miraban con una mezcla de curiosidad y lástima, tomándole sin duda por un borracho. En la calle, muy pocas luces. En el cielo, en el gran cielo azul, ensombrecido por la negrura de la noche, alumbraban algunas estrellas. La temperatura, suave y agradable, como suele ser regularmente, en noches de verano. Andando, andando, sin pararse á fijar el término de aquel inopinado paseo, hallóse el joven fuera del radio que abarca la población. Tiró por el primer camino que se le ofreció delante, internándose en el campo, á la sazón entenebrecido por grandes masas de arbolado. Su cabeza, empezaba á despejarse. Iba triste, con la tristeza envoradora que se apoderaba de él, al volver de cada ensueño; de aquellos ensueños que provocaba el kummel.

Aquella carrera á campo atraviesa, le sugirió una idea que poco á poco fué ganando terreno en su cerebro enfermó. La idea del reposo, del eterno reposo. La calma augusta de la campiña muda y solitaria, movióle á pensar en la muerte. —Sería un gran bien para mí,—se dijo mirando involuntariamente los railes del ferrocarril, tendidos allí, á dos pasos, en la carretera. Luego se sentó sobre una eminencia del terreno, al borde mismo del camino, y como si el trabajo de su cerebro sobre la idea de la muerte, que ya le barrenaba las sienes, espoleara en él el instinto de la vida, aspiró con ansia y una oleada de oxígeno nutrió sus pulmones, viciados en el ambiente malsano de la capital. Y esclavo siempre de la maldita idea, siguió meditando.—Sería un gran bien,—repitió en voz alta y sus ojos, convergieron otra vez sobre los railes, que se destacaban enérgicamente sobre la blancura terrosa de la carretera.

La noche iba de vencida. Allá á las tres, cuando el cielo comenzaba á clarear, hendió el silencio de la campiña, el silbato de una locomotora. —Es el tren de obreros,—pensó el joven consultando su reloj, y su mirada turbia, detúvose otra vez en los railes que á favor de la claridad del amanecer, se ofrecían con más vigor; dos serpientes de negruzco lomo tendidas sobre una sábana blanca; tal parecían aquellas dos líneas de hierro.

La idea del descanso, del eterno descanso, continuaba atarazándole la mente: «—Toda mi vida,—murmuró á media voz, como si formulara una confesión,—toda mi vida, ha sido una odisea á través del dolor. Si; he sufrido mucho. De un lado, fatalidades de nacimiento, desventuras morales hereditarias; de otra parte, la conspiración feroz de los hombres, que hace de la vida, un combate de lobo á lobo, un pugilato á colmillazos; soy un luchador que ha perdido la esperanza del triunfo. Esos hom-



bres que me llaman su amigo han destrozado mi vida, negándome el pedazo de felicidad á que yo tenía derecho. He amado, sí; he amado mucho, porque he sido toda la vida esclavo de la hermosura de las formas. He amado á las rubias, porque he creído sorprender en la azulación de sus ojos, un destello del ideal; he amado á las morenas, porque el brillo ardiente de sus miradas, me ha enloquecido y he hallado en sus labios, un hervidero de besos que embriagan y

matan. Todo ello, ha durado bien poco. Pervive en mí, sin embargo, el recuerdo y de ahí mi tristeza. Ya no lucho siquiera, porque, con las fuerzas del cuerpo, se han agotado las energías del espíritu. Soy un vencido. Me entrego, pues, y me resigno. Quiero el descanso, un poco de descanso para este pobre cuerpo.»

Otra vez el silbato de la locomotora, rompió el silencio de la noche. Más claro, más distinto, más cercano. Allá lejos, en un recodo del camino, brillaban dos luces; roja la una, con reverberaciones de sangre; verde esmeralda la otra. Eran los fanales de la locomotora. El convoy avanzaba. Abandonó el joven su asiento, y sin vacilaciones, sin desmayos de la voluntad, como quien ha medido bien el valor del acto que piensa consumar, ganó el centro de la carretera. Un instante, nada más que un instante consagró á los que dejaba en la tierra. Una oleada de perdón hinchó su espíritu, bañado entonces en el más cristiano altruismo. Perdón para todos. El moría y olvidaba. Lo olvidaba todo; rencores, envidias, rivalidades, todas esas malas pasiones, todas esas cobardías que alientan en el fondo de nuestro corazón, todo lo olvidaba, porque, no quería entrar en el cielo cargado con aquel bagaje de miserias y ruindades.

Y lanzándose sobre los railes, esperó, llorando sobre el hierro que le oprimía la frente, con los brazos abiertos en cruz, como si la visión de Cristo, muriendo en el Calvario, hubiera dulcificado su agonía. El tren pasó.

MANUEL BUENO

Con
los señ
dores e
album

Sidor
Zola.

La p
Bernar

El a
rellano

La v
Emilio

El fin
Alexis.

Santa
Zola.

La fle
Zola.

El se
de L'Is

Sin t
Los s

(Ilustra
El m

rico So

La in
por Car

Para
nistrac

za de T

CAN

1. **

2. ***

3. **

4. ***

5. ***

6. **

7. ***

8. *

9. **

10. **

11. *

12. *

13. ***

14. ***

15. ****

16. **

17. **

18. ****

19. **

20. **

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 18.º de regalo, del álbum JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar, (ilustrada) por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

CANTAR EN FRAGMENTOS

1. ** —Letra consonante.
2. *** —Duración de las cosas eternas.
3. ** —Nota musical.
4. *** —Planta.
5. *** —Lugar situado a 13 kilómetros de Villacarrido y 28 de Santander.
6. ** —Pronombre.
7. *** —Espacio de tiempo.
8. * —Punto cardinal.
9. ** —Nota musical.
10. * —Nota musical.
11. * —Punto cardinal.
12. * —C consonante.
12. *** —Río del E. de Prusia.
14. ** —Artículo.
15. ***** —Inquirir la verdad, descubrirla.
16. ** —Nota musical.
17. * —Artículo.
18. **** —Inclinación ó efecto a persona ó cosa.
19. ** —Preposición.
20. *** —Persona indeterminada.

21. ***** —Racional del sexo femenino (plural.)
22. * —Número romano.
23. ** —Preposición.
24. **** —Lista larga y angosta de cualquier cosa.
25. * —Conjunción.
26. ** —Indicativo, tercera persona.
27. ***** —Conformidad de una cosa con la razón.

Sustituir los asteriscos por letras, para que resulten los significados que se expresan, y en el mismo orden que están, distribúyanse de modo que se pueda leer un cantar.

NOVEJARQUE

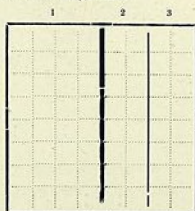
La solución en el próximo número

SOLUCIONES

a los pasatiempos del número anterior

Rompacabezas.—

Los dos cortes se dan por donde indica este diagrama:



Y colocados así:

A	R	C	O	
S	I	E	M	
P	R	E	A	
R	M	A	D	
O	Ó	F	L	
O	J	O	Ó	
Q	U	E	B	
R	A	D	O	

Se verá que se lee:

Arco siempre armado, ó flojo ó quebrado.

Figura acróstica pictórica.—



**

Si no fuese por los callos también yo iría a Madrid —¿No es mas que eso? Pues al punto los cura el LADIVONSIM.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. A.—Madrid.—Pues, amigo mío, volvemos a lo mismo. Fresco cuento, pero con personajes que tengo orden de no dejar pasar. Grea usted que lo siento, pues se trata de un trabajo bien pensado, mejor escrito y perfectamente desarrollado.
J. C.—San Sebastián.—La falta de espacio me impide insertar íntegra su composición *Las delicias del bulerío*, pero, en fin, daremos cabida a los versos del principio:

¡Oh! Dichoso San Sebastián...
las delicias de la Alameda,
¡Cálida! feliz nos queda;
eróticas siempre serán
¡las delicias del Boulevard!
Despertad, Felisa, son la una,
y cual febo del mediodía,
luce nuestra dichosa luna
la dicha de la Pescadería
¡las delicias del Boulevard!

L. T.—Reus.—No solemos publicar esa clase de pasatiempos. Además, eso no es un *jergolítico*, sino un triángulo numérico.
J. A. M.—Sabadell.—Alíjate algunos fragmentos de su bella poesía *El Herrante*:

Alíjate... a capricho del destino,
como hoja que arrastra el viento,
en su impetu torbellino,
siguiendo por el camino
que le indica el pensamiento.

Alíjate... herrante, vagamundo,
siempre tropezando y caminando,
siempre triste y meditabundo,
y siempre vagando por el mundo
y siempre caminando y tropezando.

E. D. I.—Madrid.—Los trabajos a que se refiere están en cartera para su próxima publicación.

M. M. C.—Madrid.—Aurea más que cuento es una novellita corta y por lo mismo resulta demasiado larga.

J. R. de S.—Los dos trabajos enviados últimamente son muy aceptables.

SUECIA Y NORUEGA



INFANTERÍA NORUEGA: OFICIAL